

GILLETTE BORGOÑA — ACTO 1

Borgoña — Francia
ACTO 1 — La casa de campo de una segunda vida

Las historias nunca son iguales, porque los momentos en que se encuentran nunca son iguales. Cambian los lugares. Cambian las estaciones. Cambia la gente. Y cuando las mujeres se cruzan en su camino, toda predicción pierde su valor.

Conté esta historia hace algún tiempo. Hoy quiero volver a contarla con mayor intensidad, casi como una conversación conmigo mismo—una llamada de la memoria, una voz que sigue llamando a la puerta del tiempo, recordándome no solo lo que ha sido, sino quizá lo que aún podría ser.

ACTO 1 — LA CASA DE CAMPO DE UNA SEGUNDA VIDA

Veinte años antes me había marchado a Borgoña, en el corazón de Francia, con la intención de comprar una vieja casa de campo.

Era una tierra de vino, de queso y de esa elegancia discreta que los franceses custodian como una herencia. Ya conocía al agente inmobiliario de la zona que llevaba la operación. Me había presentado la propiedad como una oportunidad excepcional, y las condiciones eran lo bastante atractivas como para despertar mi curiosidad.

Nunca he sido un cazador de gangas. Las gangas son invenciones humanas. Las oportunidades de verdad pertenecen a la providencia.

La zona quedaba lejos de las grandes rutas comerciales. Los visitantes llegaban sobre todo durante la vendimia de agosto y septiembre o para las fiestas locales que celebraban los vinos nuevos. El resto del año, el silencio reinaba sobre las colinas y los campos.

La casa estaba en excelente estado. Necesitaba algo de mantenimiento, unos cuantos ajustes estructurales y un despacho como es debido en la planta baja. Nada especialmente exigente.

El agente, sin embargo, parecía tener prisa.

Se acercaba una tormenta, explicó, y propuso que recorriéramos la finca rápidamente a caballo.

Doce hectáreas.

Viñedos que se extendían hasta el horizonte.

Vinos tintos.

Vinos blancos.

Champán.

Un pequeño lago al oeste.

Hileras de acacias.

Contratos en vigor para la venta de la uva.

Mientras cabalgábamos por la propiedad, pregunté por qué vendían los dueños.

Su respuesta fue sencilla y demoledora.

“Mi mujer tiene cáncer. No quiero que pase los años que le quedan atada a esta finca. Quiero llevarla a recorrer el mundo mientras aún podamos”.

No dije nada.

De vuelta en las cuadras, me fijé en ocho magníficos caballos árabes jóvenes.

Pregunté el precio de toda la propiedad.

La casa.

Las tierras.

Los viñedos.

Las cuadras.

Los caballos.

El hombre vaciló.

Casi parecía tener miedo de decirlo.

Luego lo dijo.

“Seiscientos cincuenta mil euros”.

Lo pensé unos segundos.

Al día siguiente nos reunimos con el notario.

Pagué al contado.

Sin hipoteca.

Sin banco.

Sin financiación.

Me convertí en propietario de una finca en Borgoña.

Viticultor.

Agricultor.

Hasta campesino.

Y, sonriendo para mis adentros, pensé que todos los que habían afirmado que yo escribía como un perro habían encontrado por fin la profesión perfecta para mí.

Ferdinando